

## **Paisaje al óleo de una tormenta de verano**

El destino espera paciente su momento y va dibujando sobre la comarca las historias que habrán de llegar. Si os asomáis con cuidado, podréis sentir cómo agosto llega calentando sin piedad la campiña, atraviesa el olivar de raíces rojas y se adentra lamiendo los muros de las blancas casas de la villa. Su lengua áspera se enreda en el badajo de las campanas para fundir su tañido. Para quienes conocéis este lugar, bien sabéis que es imposible que el fuego del estío silencie las calles con la duermevela de la siesta. Es tiempo de festejos, y el pueblo entero rinde honores a su Patrona. Los jóvenes se reencuentran con sus tradiciones, sumergidos en el pasado, y los más ancianos se animan a salir fuera de sus moradas por primera vez en lo que llevamos de año. Los que marcharon en busca de aventuras ya han retornado al hogar para pasar sus vacaciones, y algún forastero, embelesado con esta tierra, se manifiesta dispuesto a quedarse durante una buena temporada. Así parece que ha sucedido con ese fornido zapatero de tez morena y generosa sonrisa que trabaja en su taller. Apenas hace unos días que llegó con sus útiles y no le falta ya clientela a su pequeño negocio. Si escucháis atentamente, es fácil distinguir los firmes golpes de su martillo terminando algunos encargos. Anda concentrado poniendo tapas nuevas en las botas camperas del joven Antonio, que las destrozó a lomos de su yegua torda en la pasada romería. En la repisa descansan algunos zapatos que han encontrado en el nuevo vecino la salvación a un destino aciago. La vieja Matilde está feliz de que al fin alguien sea capaz de darle una nueva vida a sus cómodas sandalias ya que, sin nadie en los alrededores que pudiera arreglarlas, hubieran acabado en la basura. Los parroquianos se ahorrarán muchos paseos a las villas cercanas ahora que tienen su propio maestro remendón. Pero volvamos al artesano. Hace escasos minutos que dejó la faena y entró en la casa para asearse. Estrena tanto la camisa como el brillo de los ojos. Su aspecto refleja inquietud, aunque resulta imposible adivinar cuáles son sus intenciones. Habremos de esperar, pues, a que los acontecimientos sigan su curso. Mientras nuestro hombre camina calle abajo, una enorme sombra de nimbos lo acompaña, silenciosa, hacia la plaza. El aire sopla con disimulo y, si observáis el cielo, veréis que un relámpago del atardecer viene anunciando una tormenta de verano. Sin embargo, nadie mira a las nubes; la lluvia tendrá que esperar hasta el final de la jornada, dando tregua al paso de la Santa; lo afirman los devotos convencidos, aunque Tomás, el de las cabañuelas, meneaba la cabeza e insiste en que ya toca. El jolgorio sigue atrayendo a mayores y pequeños, que se reúnen alrededor de la fuente de los Caños, bajo el adorno de las

guirnaldas rojas y verdes. Intentan, como pueden, aplacar el bochorno refrescando sus pañuelos y agitando abanicos por doquier. Pero el eco del bullicio se dispersa callejón arriba y apenas llega en forma de murmullo hasta aquella ventana cuajada de geranios. Acercaos; podéis mirar con disimulo tras las rejas para contemplar a la mujer que se afana arreglándose el cabello. Es Carmen, la maestra de música; una mujer guapa y con solera. Destila dulzura en cada gesto, y los niños la adoran. Por estas razones, nadie entiende como aún no ha encontrado un buen mozo que la haya conquistado. Muchos son las que la rondan, mas ninguno sabe de los motivos que tienen prendido en llamas su corazón desde hace algunas estaciones. Al aproximarnos un poco más, casi podemos rozar sus mejillas sonrosadas, colarnos por el suave pestañeo de sus párpados y osar adentrarnos en su ensoñación. Un recuerdo vívido le eriza la piel: se ve a sí misma un año atrás, caminando por el sendero que lleva al torreón, acompañada del intenso olor a tierra húmeda que inunda los campos. Mientras asciende, deja escapar los pensamientos con la misma precipitación que las gotas al caer. Como en un ritual, ajena al mundo, se detiene a los pies de la atalaya bicolor, y se desprende de la rutina para sentir el tacto del agua que resbala por su cuerpo. Espera paciente la llegada de un desconocido. Un chaparrón estival lo trajo consigo. Lo descubrió sentado junto a la torre de piedra, inmóvil, desdibujado con el paisaje. Ninguno fue consciente de la presencia del otro hasta que un trueno los sobresaltó y los puso al descubierto. Un amago de huida impulsó sus pies, pero perdido el miedo a lo inesperado, se esfumó la amenaza. Desde ese día, regresó a escondidas en las noches de aguacero para encontrarse con aquel extraño y compartir algo más que sonrisas empapadas. Entonces, al fin, él invadió su espacio con confidencias y ella le abrió su alma, llenando de esperanza su futuro. Carmen suspira en su cuarto y trae a sus labios la promesa que le hizo: "La próxima tormenta serás mía". Mas el porvenir siempre hila muy fino y nadie imaginó que el año que habría de venir sería de sequía.

Pero hoy la brisa huele a terrones mojados, y un palpito le acelera el pulso a modo de señal. No hay más que buscar su expresión para entender su ilusión renovada. Apenas sin darnos cuenta, se ha puesto en pie y baja con rapidez las escaleras; tal es su premura que la hemos perdido al doblar una esquina. Algo nos ha despistado: una trampa se perfila por encima de los balcones. Impulsemos nuestra curiosidad un poco más arriba. El pueblo se ve diferentes desde los tejados. El trasiego de la fiesta apenas se percibe como un movimiento desordenado, y las voces llegan apagadas. La música de la verbena invita al baile y al traspasar la noche.

Desde este mirador privilegiado se aprecia cómo el cielo se va oscureciendo por momentos. ¿Veis a aquel chico que trepa desde la buhardilla? Es un joven pintor que eligió hace algunos años el paisaje verde oliva de esta villa para llenar sus lienzos de esencias impregnadas de sur. Quien lo conoce bien sabe de su costumbre de sentarse sobre las tejas para buscar inspiración, fumarse un cigarrillo y emprender el regreso a su cuarto para darle color a sus creaciones. Nos sorprenderíamos al comprobar que eso ha cambiado en los últimos días. La razón se encuentra en aquella habitación de amplios ventanales, frente a su estudio. Se llama María. Está castigada sin salir en lo que resta de feria; volvió a casa ebria después de celebrar con los amigos el segundo encierro de reses bravas, y a sus escasos dieciocho años, eso tiene condena paterna. Es una chica bonita, de cabellos castaños y sonrisa inmensa. Eso fue lo que hace dos noches hizo desviar la mirada a nuestro artista en su dirección. La encontró descarada y risueña y, desde entonces, acuden puntuales a una cita imaginaria. Se sonríen a lo lejos, y una conexión invisible llena de palabras la distancia que los separa. Sin percatarse del encantamiento, se descubre sumergido en el juego de sombras chinescas que la joven le regala sobre la fachada, mientras él, como un crío, le lanza aviones de papel con bocetos llenos de deseos. Cuando se hace de día, ambos desaparecen, se cierran las ventanas, y la magia se esfuma. Él se ha dado cuenta de que, al llegar el ocaso, ya no está igual de ansioso por coger sus pinceles; apenas ha pintado nada y se siente inquieto. Lo que lo tiene agitado son las largas veladas frente al balcón de María. Esta tarde intentó desengancharse de la droga de su risa y del suave pestañeo de sus ojos, decidido como estaba a volver al amor de su paleta. Mantuvo cerrado el tragaluz y se citó con una amiga para comer ensalada gitana que ofrecían en el puesto de la plazoleta.

Ella lo vio salir, con la decepción en el rostro y el peligro en las pupilas. Pero la tentación es mucha y al regresar el prófugo, este ha vuelto a las andadas. Enojado consigo mismo por dejar que una muchacha que se aburre lo distraiga de su pasión, espera impaciente su llegada; podemos oírlo murmurar que será la última vez. ¡Pobre infeliz! Miradlo; de haber sido gato ya se hubiera jugado una vida intentando saltar hasta su dormitorio.

Y allí está ella, a media luz, preparándose para ir a la cama. La fina tela de los visillos se abre mostrando una imagen que acelera el pulso del incauto artista. La dulce María se desnuda frente al espejo mientras él permanece con los ojos fijos en su silueta. Desconcertado por la visión, se mantiene silencioso, recreándose en su musa, porque nunca hasta este momento ha tenido tan claro cuánto desea pintarla.

Pero crucemos veloces hasta el otro lado. Fijaos cómo la inocente y cándida joven sonrío maliciosa entre las sombras. El embrujo de una obsesión se ha consumado. También los planes de María, que tiene asegurada su distracción durante el tiempo que le dure el castigo.

Más no nos detengamos aún. Allá abajo, el sonido de campanillas marca el pulso de otras emociones. La Patrona se mece al abrigo de su gente. Unos susurran promesas que hablan de esperanza, otros reviven una fe que sentían perdida en medio de tanta incertidumbre. Todos ellos piden tiempos mejores, y se sienten felices de estar juntos al amparo de su protectora. Cuando la Santa culmina su paseo procesional, parece que mira al cielo para darle a la tierra un último regalo: el agua que durante tantos meses se ha resistido a regar los campos. Las primeras gotas resbalan por las polvorientas hojas de olivo y recorren los caminos hasta alcanzar el portalón de la iglesia. Debemos buscar refugio si no queremos mojarnos. Poco a poco la algarabía se va mitigando al compás de la mansa lluvia que limpia adoquines y empedrado, dejando vacía la plaza y sus alrededores. La llovizna se filtra en la sedienta arcilla y hace crecer el Guadalimar allá a lo lejos, bajo la atenta mirada de la torre vigía. Desde este punto, quizás alcancéis a descubrir la esquiva figura que, a paso ligero, emprende el regreso a casa. Con el cabello alborotado y el espíritu revuelto, Carmen, la maestra, apenas pone los pies en el suelo al andar. La noche la trae en volandas, y aunque la fortuna acompañó su sueño, sabe que dejó a su bienhechora sin la visita acordada. Mañana se llegará hasta la parroquia, dispuesta a enfrentar el reproche de Santa Águeda por su falta de pudor, pero bajo la firme promesa de entregar para siempre su corazón a quién se lo robó. Se la ve enamorada, no hay más que adivinar en su rostro el rubor de las caricias recién entregadas. Dejémosla tranquila secarse el cuerpo y quitarse sus embarrados zapatos. Parece que uno de ellos perdió un tacón. Es una suerte que haya ahora un prometedor zapatero en el pueblo.

¿Qué habrá sido de él? Hace horas que perdimos la pista del recién llegado en medio de la fiesta. Todo está en calma; solo de vez en cuando encontramos a alguien cruzando la calle a la carrera bajo un paraguas, aunque a juzgar por la silueta que permanece a la intemperie junto a las Pilas, podríamos aventurarnos a pensar que es nuestro hombre. Zascandilea sin rumbo fijo, con los ojos iluminados como dos faroles, sin notar la lluvia sobre su cabeza. Al fin parece decidirse a emprender el camino a casa. Se quita los zapatos en el umbral, para evitar mancharlo todo de esa tierra arcillosa que ha traído del viejo torreón árabe. Definitivamente, esta tierra ha conquistado para siempre a un nuevo morador.